

A la que en tu pecho reina.
 Quiero darte libertad,
 Podrá ser que cuando vuelvas
 Viéndote como cautivo
 De tu mal se compadezca :
 Y pedirásle limosna,
 Y cuando la mano extienda,
 Tomarála con la tuya,
 Y humildemente la besa ;
 Y despues que la hayas dado
 Infinitas encomiendas
 Le dirás de parte mia,
 Que te libérté por ella. —
 Y llamando á un renegado
 Manda que toquen á leva,
 Y á la voz de un ronco pito
 Alzan áncoras y velas,

Hasta poner el cautivo
 En las Pomas de Marsella,
 Y abrazándole le dice :
 — En España te pusiera,
 Mas dicen que seis bajeles
 Van en corso á Cartagena ;
 No por hacerte á ti bien,
 Quieras que á mí mal me venga. —
 Quedóse el cristiano eieto,
 Movido de tal clemencia,
 Y ellos á boga arrancando
 Se vuelven para su tierra.

(Romances varios de diversos autores.)

4 Es el mismo que el anterior, pero mas completo, con variantes considerables, y mas arreglado por haberse puesto en su lugar pedazos que en aquel se hallan dislocados.

FIN DEL ROMANCERO DE ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

ROMANCERO

DE

ROMANCES CABALLERESCOS.

ROMANCES CABALLERESCOS.

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS SUELTOS¹.

283.

VERGILIOS.
(Anónimo.)

Mandó el rey prender Vergilios²
Y á buen recaudo poner,
Por una traicion que hizo
En los palacios del Rey.
Porque forzó una doncella
Llamada Doña Isabel,
Siete años lo tuvo preso,
Sin que se acordase dél;
Y un domingo estando en misa
Vinole memoria dél.
— Mis caballeros, Vergilios,
¿Qué se habia hecho dél?—
Alli habló un caballero
Que á Vergilios quiere bien:
— Preso lo tiene tu Alteza,
Y en tus cárceles lo tien.
— Via: á comer, mis caballeros,
Caballeros, via: á comer,
Despues que hayamos comido
A Vergilios vamos ver.—
Alli hablara la Reina:
— Yo no comeré sin él.—
A las cárceles se van
Adonde Vergilios es.
— ¿Qué haceis vos aqui, Vergilios?
Vergilios, ¿aqui qué haceis?
— Señor, peino mis cabellos,
Y las mis barbas tambien:
Aqui me fuéron nacidas,
Aqui me han de encanecer;
Que hoy se cumplen siete años
Que me mandaste prender.
— Calles, calles tú, Vergilios,
Que tres faltan para diez.
— Señor, si manda tu Alteza,
Toda mi vida estaré.
— Vergilios, por tu paciencia
Conmigo irás á comer.
— Rotós tengo mis vestidos,
No estoy para parecer.
— Yo te los daré, Vergilios,
Yo dártelos mandare.—
Plúgole á los caballeros
Y á las doncellas tambien;
Mucho mas plugo á una dueña
Llamada Doña Isabel.
Llaman luego un arzobispo,
Ya la desposan con él.
Tomárala por la mano,
Y llévasela á un vergel.

(Cancionero de Romances.)

¹ Casi todos los romances colocados en esta seccion pertenecen á la clase de viejos ó primitivos, ó que provienen de ellos aunque reformados.

² Pretenden algunos, no sé con qué fundamento, que el Virgilio acusado de magia y de inmoralidad en los cuentos de la edad media, no es el poeta de Augusto, sino un filósofo del siglo viii, que fué condenado como hereje por el papa Zacarías, por haber dicho que el centro de la tierra estaba habitado por hombres. Otros, con mas fundamento, quieren que sea el Virgilio poeta, aquel á quien la supersticion atribuye todas las brujerías y hechicerías que se cuentan. No es extraño que así sea, pues en la edad media no podian nuestros monjes ni el pueblo concebir un sabio ó literato de los de la antigüedad, que no fuese astrólogo, mago ó caballero andante. El Hércules, Jason, Teseo, el grande Alejandro y otros héroes antiguos, fuéron de la última clase; y de la primera Zoroastro, Orfeo, Pitágoras, Numa, Demócrito, Empédocles, Apolonio, Aristóteles, Virgilio, etc. Ni los mismos sabios contemporáneos á estas supersticiones se libertaron de ellas, puesto que por brujos y encantadores se proclamaron á Cornelio Agripa, á Merlin, á Bacon el monje, á Alberto Magno, y á otros muchos, sin exceptuar á los santos, como Tomas de Aquino, ni á los papas, como Silvestre II y Gregorio VII. Pero ¿qué mucho que en esos tiempos de ignorancia con estos sucediese, cuando José hijo de Jacob, Moyses, Aaron, Salomon y los Reyes Magos no se libertaron de la opinion de encantadores, y de ser los héroes de multitud de fábulas, hijas de la supersticion y barbarie? Tocóle su vez al poeta Virgilio, y á fe que no pudo quejarse de la parte que en tales hechicerías le atribuyeron. Considerando que el célebre autor de la *Enéida* ni fué profeta, ni legislador de los pueblos, y que por lo tanto, ni necesitó hacer verdaderos milagros, ni fingirlos; que tampoco fué de aquellos filósofos que arrancando á la naturaleza secretos desconocidos al vulgo, pudiera aparecer á sus ojos como astrólogo ó encantador, apenas puede adivinarse la causa por qué como á tal nos le presentaron. Pero puesto que así ha sido, y que ya no puede dejar de ser, nos parece útil y curioso, aunque alarguemos esta nota, poner un resumen de los hechos que como á mago se le atribuyen á Virgilio, por mas que de ellos le creamos inocente.

Construyó una mosca de metal que, puesta sobre una de las puertas de Nápoles, libertó á la ciudad de que durante ocho años entrasen moscas en ella.

Hizo edificar una carnicería, en la cual las carnes nunca se corrompieron ni causaron mal olor.

Colocó sobre una de las puertas de Nápoles una estatua llamada Regocijo y Hermosura, con tal virtud, que cuantos entraban por ella estaban seguros de obtener un éxito feliz en sus negocios y deseos.—En otra puso una imagen llamada Triste y Horrible: todos los que por ella entraban á la ciudad, sufrían males y perjuicios.

En una altura próxima á Nápoles erigió una estatua de bronce, empuñando una trompeta que, al sentir el viento septentrional, resonaba de tal modo, que expelia al mar el fuego y humo de las fraguas de Vulcano, próximas á Puzzolo, y libraba á la ciudad de todos los males.

Formó unos baños, en donde con letras de oro mostraba á los enfermos los males para cuya curacion era á propósito cada clase de agua que contenian. Estas inscripciones fuéron borradas por los médicos, á quienes quitaban mucha ganancia.

Socabó una gruta en la montaña de Posilipo, donde persona alguna podia recibir daño, ni experimentar desgracias.

Encendió un fuego comun para alivio de los pobres, y cerca de él formó de metal la estatua de un archero, que tenia su flecha armada amenazando matar con ella al hombre andaz que se atreviese á tocarle, lo que se verificó con uno, á quien lanzada la flecha, lo arrojó á la hoguera, cuyo fuego se apagó para siempre.

Una sanguijuela de oro, que construyó y arrojó á un pozo, libertó á Nápoles de la plaga de estos insectos que la aquejaba.

Hizo que jamas lloviese en su jardin, ni se moviese el aire, y que este le sirviera de muralla ó de cerca.

En el mismo jardin formó un puente, con tal virtud, que le conducía y trasportaba á su voluntad de un punto de la tierra á otro.

Edificó una torre que se movia lo mismo que las campanas. Hizo las estatuas llamadas Salvacion de Roma, que señalaban con sus brazos los puntos donde se fraguaban peligros contra la república, para que el gobierno prevenido pudiese evitarlos y vencerlos.

Una cortesana de Roma, á quien Virgilio amaba, le hizo la burla de subirle á una torre en un cesto, y dejarle colgado en ella para que sufriese los escarnios del pueblo. El ofendido se vengó en apagar todos los fuegos de la ciudad, y que no pudiesen encenderse de nuevo sino en una llama que dejó viva en las partes secretas de la cortesana.

Antes del siglo xi no sabemos que á Virgilio el poeta se atribuyesen tales milagros; pero durante los siglos xii y xiii es comun el vérselos aplicados. La verdad del hecho es que muchos de estos cuentos, mas ó ménos alterados y aplicados á distintos personajes, traen su origen de libros sanscritos, traducidos primero al persa antiguo, al moderno, al árabe, al turco, al hebreo, al griego; y desde el siglo xii al latin y á las lenguas modernas.

El libro sanscrito de Sennabad, vulgarizado en dicho tiempo, y considerablemente alterado con el título de *Los Siete Sabios de Roma*, ó el de *Dolopathos*, ó el de *Historia lamentable del príncipe Erasto*: el de *Panchatrantra*, de igual procedencia, conocido por *Las fábulas de Bidpay* ó *Pilpay*, prestaron al Occidente, en la edad media, materiales inmensos para aquella clase de invenciones, ya literarias, ya místicas, segun se aplicaban, que llenan nuestras leyendas. Aun en los tiempos del renacimiento de las letras y siguientes, los expresados libros de la India, trasmitidos por los persas y árabes, han dado asuntos á los novelistas italianos anteriores y posteriores al Boccaccio, y á los fabulistas franceses que precedieron ó siguieron á La-Fontaine, para formar muchas de sus mejores composiciones. Nuestro infante Don Juan Manuel, en el *Conde Lucanor*, á fines del siglo xiv, ya construyó un cuadro semejante á los de origen oriental, pudiendo servirle de pauta alguna traduccion castellana del *Calila y Dinna*, anterior á la que conocemos con el título de *Ejemplario contra los engaños y peligros del mundo*, ó quizá de la version latina del *Directorium humane vite*, que hizo Juan de Capua, en la tercera cuarta parte del siglo xiii.

Por lo demas, así el romance de Virgilio, como casi todos los de esta seccion, trascienden tanto al espíritu de las fábulas y cuentos de los Troberas, y á sus ideas animadas, festivas y ligeras, que indican haberse ya introducido entre nuestros sabios el orientalismo que las cruzadas comunicaron al norte de Europa, el cual imitamos y aceptamos en fin, aunque mas tarde, y ménos directamente que otras naciones.

284.

LA INFANTINA. — I.
(Anónimo ¹.)

De Francia partió la niña,
De Francia la bien guarnida:
Ibase para Paris,
Do padre y madre tenia:
Errado lleva el camino,
Errada lleva la via:
Arrimárase á un roble
Por esperar compañía.
Vió venir un caballero,
Que á Paris lleva la guia.
La niña desde lo vido
Desta suerte le decia:
— Si te place, caballero,
Llévesme en tu compañía.
— Pláceme, dijo, señora,
Pláceme, dijo, mi vida. —
Apeóse del caballo
Por hacelle cortesía;
Puso la niña en las ancas
Y subióse en la silla:
En el medio del camino
De amores la requeria.
La niña desde lo oyera
Dijole con osadía:
— Tate, tate, caballero,
No hagais tal villanía:
Hija soy yo de un malato ²
Y de una malatía;

El hombre que á mí llegase
Malato se tornaría. —

Gon temor el caballero
Palabra no respondia,
Y á la entrada de Paris
La niña se sonreia.
— ¿De qué os reis, mi señora?
¿De qué os reis, vida mia?
— Rióme del caballero,
Y de su gran cobardía,
¡Tener la niña en el campo,
Y catarle cortesía! —
Con vergüenza el caballero
Estas palabras decia:
— Vuelta, vuelta, mi señora,
Que una cosa se me olvida. —
La niña como discreta
Dijo: — Yo no volvería,
Ni persona, aunque volbiese;
En mi cuerpo tocaría:
Hija soy del rey de Francia
Y la reina Constantina,
El hombre que á mí llegase
Muy caro le costaría.

(Cancionero de Romances.)

¹ Todo indica que este romance es de origen frances, é imitacion de alguna trova caballeresca. De todas maneras es he-
llisimo por su natural sencillez, y por la festiva y punzante
expresion de sus ideas, tan propia de las crónicas bretonas y
de las cantos de los Troberas.

² Malatos, es decir: gafos ó leprosos.

285.

LA INFANTINA. — II.

(De Rodrigo de Reinosa ¹.)

De Francia salió la niña,
De Francia la bien guarnida:
Perdido lleva el camino
Perdida lleva la guia:
Arrimárase ha á un roble
Por atender compañía.
Vido venir un caballero,
Dipuesto es á maravilla:
Comiéznale de hablar,
Tales palabras decia.
— ¿Qué haceis aquí, mi alma?
¿Qué haceis aquí, mi vida? —
Allí fabló la doncella:
Bien veréis lo que diría:
— Espero compañía, señor,
Para Francia la bien guarnida. —
Respóndele el caballero:
Tales palabras decia:
— Si te pluguere, señora,
Connigo te llevaría:
Si quieres por mujer,
Si quieres por amiga. —
La niña, que sola estaba,
Estas palabras decia.
— Pláceme, dijo, señor,
Pláceme, dijo, mi vida:
Diésemes luego la mano
Y luego cabalgaría. —
El caballero le da la mano,
La niña cabalgado habia.
Andando por su camino
De amores la requeria.
Allí habló la doncella,
Bien oireis lo que decia.
— Está quedo, caballero,
Non fagais tal villanía,
Fija soy de un malato
Que tiene la malatía,
Y quien á mí llegare
Luego se le pegaría,
Que si vos á mí llegades

La vida vos costaría.
Mucho os ruego, señor,
Que me cateis cortesía. —
Y á la salida de un monte
Y asomada de una montaña
El caballero iba seguro,
La niña se sonreia.
Allí fabló el caballero,
Bien oireis lo que decia:
— De qué vos reis, mi alma,
¿De qué vos reis, mi vida? —
La niña, qu' estaba en salvo,
Aquesto le respondia:
— Rióme del caballero
Y de su gran cobardía,
Que tenia niña en el monte,
Y usaba de cortesía. —
El caballero qu' esto oyó
Ahorcarse queria:
Con gran enojo que tiene
Estas palabras decia:
— Caballero que tal pierde
¿Qué pena merescía?
El s' era el alcalde,
El s' era la justicia,
Que le corten pies y manos
Y lo cuelguen de una encina. —
Y el estándose en aquesto
Y que hacerlo queria,
Si no fuera por una fada
Que á hablarle venia:
Las palabras que le dice
Quien quiera se las sabía:
— No desesperes, caballero,
No desesperes de tu vida:
Darte ha Dios grande victoria
En arte de caballería,
Que con los vivos se sirve á Dios
Y su madre Santa María. —

DESHECHA DEL CABALLERO, QUE DICE CON ENOJO:

— Plega á Dios que á alguno ameis
Como yo, señora, á vos,
Porque rabieis y peneis,
Sin ser conformes los dos:
El se goce y vos rabieis:
El que diga: — ¿vos qué habeis? —
Vos á él: — ¿no me quereis? —
Responda: — no puedo veros. —

(Comienza un razonamiento por coplas, etc.
Pliego suelto.)

¹ Este romance, que con otras composiciones se halla in-
serto en el pliego suelto á nombre de Rodrigo de Reinosa,
es probable que sea anónimo, porque es comun que los edi-
tores de esta clase de hojas volantes se den por autores,
siendo cuando mas, reformadores de mas antiguos romances.
Este y el anterior son no solo hechos sobre el mismo asunto,
sino que tambien se copian á veces, aunque difieran en el des-
enlace. Cual de ellos sea modelo no puede asegurarse, pues
uno y otro tienen el carácter de los viejos, aunque en el del
número 284 aparece mas perfeccion.

286.

EL CONDE ARNALDOS.

(Anónimo ¹.)

¿Quién hubiese tal ventura
Sobre las aguas del mar,
Como hubo el conde Arnaldos
La mañana de San Juan!
Con un falcon en la mano
La caza iba á cazar,
Y venir vió una galera
Que á tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
La jarcia de un cendal,
Marinero que la manda
Diciendo viene un cantar

Que la mar ponía en calma,
Los vientos hace amainar,
Los peces que andan al hondo
Arriba los hace andar,
Las aves que andan volando
Las hace á el mástil posar:
— Galera, la mi galera,
Dios te me guarde de mal,
De los peligros del mundo
Sobre aguas de la mar,
De los llanos de Almería,
Del estrecho de Gibraltar,
Y del golfo de Venecia,
Y de los bancos de Flandes ²,
Y del golfo de Leon,
Donde suelen peligrar. —
Allí habló el conde Arnaldos,
Bien oireis lo que dirá:
— Por Dios te ruego, marinero,
Digáisme ora ese cantar. —
Respondióle el marinero,
Tal respuesta le fué á dar:
— Yo no digo esta cancion
Sino á quien connigo va. —

(Cancionero de Romances.)

¹ Lindo romance, que parece hecho en la primera mitad del
siglo xv. Quizá se refiere á la batalla de Ponza.

² Aquí en el canto debia pronunciarse haciendo muda la úl-
tima sílaba, como sucede aun, cuando la gente del campo en-
tona esta clase de romances.

287.

FLORISEO, Y LA REINA DE BOHEMIA.

(De Andres Ortiz ¹.)

Quien hubiese tal ventura
En haberse de casar
Como la hubo Floriseo
Cuando se fué á desposar,
Que con su grande alegría
No podía reposar,
Y la causa fuese aquesta:
Como l' envié á llamar
Esa noble linda Reina
De Bohemia natural.
El no era perezoso,
Allá la fuera á hablar:
Las rodillas en el suelo
La empezó de interrogar.
— ¿Qué haceis vos, mi señora,
Flor de toda la hieldad,
Que desde el dia que os ví
Ya no puedo sosegar?
Socorredme, mi señora,
No perezca d'este mal. —
Y con grande acatamiento
El se la fuera á besar.
— Perdonadme, mi señora,
Pues que sois de tal bondad:
Que los yerros por amores ²
Dignos son de perdonar. —
Ella con grande mesura
Así le fuera á hablar.
— Floriseo, Floriseo,
Yo estoy presta á tu mandar,
Qu' el amor que yo te tengo
Me hace desesperar:
Dóime del todo por tuya
Para contigo casar. —
— Bésoos las manos, señora,
Ella me las quiera dar
Por tan grande beneficio
Como me quiso otorgar.
Yo estoy presto para hacerlo
Y por tal me quiero dar. —
Despues con gran alegría

Allí se van á abrazar,
Y á una cama muy hermosa
Se fueron juntos á holgar,
Y con besos amorosos
Empiezan á retozar.
Allí estuvieron bolgando
Hasta la hora de yantar.
Cartas les fueron venidas
Qu' era dolor d'escuchar,
Y lo qu' en ellas venía
A ellos parecia mal:
Qu' ese infante Don Eton
Con el reino alzado se ha.
Floriseo con enojo
Muchas naves mandó armar,
Dándoles muy grande priesa
Para haber de navegar.
Ya las gentes están juntas,
Que querían caminar,
Cuando se iba Floriseo
Para á la Reina hablar.
Y con grande sentimiento
D'ella despedido se ha.
— Abrazadme, mi señora,
Vos me queráis abrazar,
Que muy presto seré vuelto;
No vos queráis enojar. —
Ella con el gran dolor
No le podía hablar.
— ¡Ah, mi señor Floriseo,
Amador de la bondad,
Y qué triste es la partida
Para mí, y de gran pesar!
Yo rogaré al Rey divino
Que os deje de allá tornar.
— Y á vos, la señora mía,
Tambien os quiera guardar. —
Ya se parte Floriseo
Y empieza de navegar,
Y andando por sus jornadas
Al reino llegado ha.
En medio año que allí estuvo
El reino ganado ha.
Ya se parte Floriseo,
Ya se parte, ya se va
A esa insula encantada,
Que así solían llamar,
Porqu' era muy deleitosa,
Y allí quiere reposar.
Andando por sus jornadas
En ella fuera á aportar,
Y todos los de la isla
A recibirse lo van
Con alegría tan grande
Que no lo puedo contar.
Los suyos hácenle fiesta
Por haberle de alegrar,
Y muy grandes monterías
En un bosque armado han.
Desque lo hubieron corrido,
Riberas del mar se van.
Allí estando el alegría
En pesar tornado se ha,
Porque ya á deshora vino
En un barco por la mar.
Lo qu' en el barco venía
Era cosa de mirar;
Que venía entretajido
Con guirnaldas de arrayan,
Y de aquel barco salía
Una música de amar.
El estándolo mirando
Del barco vieron saltar
Una doncella hermosa
Que cantando iba un cantar.
Las aves que iban volando
Al suelo hacía bajar,
Los peces qu' están nadando
Todos juntos hace estar;

Las naves que van remando
No podían navegar;
Y con este dulce canto
Qu'era gloria d'escuchar
Caballera en un Delfín
Al suelo fuera á saltar,
Fuérase para las tiendas
Y comienza así de hablar.
— ¡Quién es aquí Floriseo,
Que le vengo aquí á buscar,
De parte de mi señora,
Que d'él ha necesidad? —
Floriseo que allí estaba
La empezara de la hablar.
— Yo soy ese, la doncella,
Que vos andáis á buscar. —
Ella despues que lo vido
Empezóle de hablar.
— Caballero Floriseo,
Pues que sois de tal bondad,
Mi señora á vos me envía
Que la queráis mamparar
De una muy grave injuria
Que allá levantado le han;
Pues sabiendo sois acorro,
Y de viudas mamparar,
A vos m'envía, señor,
Que la queráis ayudar.
Yo os llevaré con placer
En mi barco á descansar,
Porque aquel que en él camina
No recibe mal pesar.
Por eso, amado señor,
Vámonos allá á holgar. —
Floriseo que esto oyó
Tal respuesta le fué á dar.
— Ay, doncella muy amada,
No me queráis vos llevar,
Porque yo estoy de partida,
Y no puedo allá llegar,
Pues voy á Constantinopla
Con el emperador á hablar
De un negocio que me dió
Y que me quiso encargar,
Y he de dalle allí la cuenta,
No puedo d'ello faltar. —
La doncella qu' esto vido
Muy triste tornado se ha,
Porqu' él no iba con ella
Ni ella le podía llevar.
Mas como era muy mañosa
Tal remedio fué á tomar,
Y era que tocó el laud
Y empezara de cantar.
La canción qu' ella decía
Era gloria d'escuchar:
A todos los que la oían
Adormecido les ha.
Así hizo á Floriseo
Qu' en el suelo vido estar.
Desque lo vido dormido
En el barco lanzado lo ha,
Y su música tañendo
A un castillo llegado ha.
Su señora que lo supo
Alegre tornado se ha,
Y con grande diligencia
Del batel lo fué á sacar,
Y echándole en una cama
Pensó allí de lo matar.
Un ungüento que le puso
En su acuerdo tornado le ha.
Desque lo vido despierto
D'el se había enamorado
Y con grande acatamiento
Por su amigo lo ha tomado.
Allí estuvo Floriseo
Placentero y muy amado,
Por amor de los hechizos

Que le habían encantado.
Muy grande honra le hacía
Reina Lacivia á su amado,
En un vergel muy hermoso
Con él se anda deleitando,
Y con muy grande vergüenza
A la cama lo ha llevado.
Allí estuvieron los dos
Hasta qu'el sol fué rayado.
Así quedó Floriseo
En la menor India encantado:
Y tornando á las sus gentes
Desque hobieron despertado,
Llorando de los sus ojos
Por los bosques lo han buscado.
Con muy penosos gemidos
A la Reina se han tornado.
— Nuevas traemos, señora,
De que habreis grande quebranto. —
La Reina de qu' esto oyera,
Salto el corazón le ha dado,
Y con muy grande agonía
Les había preguntado.
Allí hablara Gesipo,
Bien oíreis lo que ha hablado.
— Señora, n'os enojeis,
Que Floriseo es encantado,
Llevará una doncella,
No sabemos á qué cabo. —
La Reina de qu' esto oyera
La color se le ha mudado,
Y con muy grandes suspiros
Caído había de su estado.
— ¡Ay de mi triste, cuitada,
Que ya he perdido á mi amado!
¡Ay fortuna desdichada
Que muy de mal me has tratado!
Sin yo te lo merecer
Mi descanso me has quitado. —
Su doncella Piromencia
Se la iba á consolar.
— No vos enojeis, señora,
Ni tomades tal pesar,
Pues que Floriseo es vivo,
No le queráis vos llorar. —
Y la Reina qu' esto oyera
Algo consolado se ha.
Y ellas estando en aquesto
Nuevas llegado les han,
Qu'ese duque Perineo
Con doce llegado ha
Caballeros esforzados
Que la venían á buscar.
La Reina qu' esto oyera,
A recibirse los va.
Allí estuvieron los dos
Con tristeza y con pesar,
El uno para su hijo
Y el otro para su amar.
Un concierto han tomado,
Que le fuesen á buscar.
Una dueña Perimencia
D'el nuevas dado les ha,
Que Floriseo está encantado,
Qu'en la menor India está.
Perineo que esto oyera
Muchas gracias dado le ha,
Porque ya lleva esperanza
Que lo había de hallar.
Y con este buen concierto
Se empiezan de aparejar
Y se ponen en camino
Para haber de irlo á buscar.
Y tornando á Floriseo
D'él vos quiero yo contar
Que como estaba encantado
No siente donde s'está,
Salvo que tiene su esfuerzo
Que no le podría faltar,

Que venció grandes batallas,
Que es muy grave de contar.
Así estuvo muy gozoso
Con la Reina á voluntad.
Allí tuvieron un hijo
Que fuera de gran bondad.
Ellos estando en aquesto
Allí lo vino á buscar
Este noble de Filoto
Que le amaba con verdad.
Con una voz amorosa
L'empezó de pescudar.
— ¡Adónde está Floriseo,
Que le vengo yo á buscar,
Y me dicen qu'está aquí
Y que aquí suele posar? —
Allí habló una doncella,
Y empezara de hablar.
— Entres tú acá, el caballero,
Que acá dentro le verás. —
Filoto no se guardando
En el castillo entrado ha,
Y en entrando, qu' él entró
En caballo vuelto se ha,
Y así estuvo en esta pena
Hasta Perineo llegar.
Andando este por sus jornadas
No cesa de caminar,
Hasta que por su ventura
Allá fuera á aportar
A este puerto de la India,
Y al castillo fué á llegar.
Armado de todas armas
Empezara de hablar.
— ¡Qu' es de aquese caballero,
Que con él me he de matar
Por las grandes sinrazones
Qu'en este reino hecho ha? —
Un portero que lo oyera
A la Reina dicho lo ha.
La Reina desque lo supo
Tomó tristeza y pesar,
Lo uno porque á Floriseo
Tan presto lo han de llevar,
Lo otro, porque entendía
Que no había d'él de gozar;
Y con gran ira crecida
A Floriseo fué á enviar
Para que armaz hiciese
Y al caballero matar,
Con muy relucientes armas
Qu'era gloria de mirar.
Las puertas ya le han abierto
Para salir á lidiar.
Su padre que así le vido
L'empezara de mirar:
Los ojos llenos de agua
Empezara así hablar.
— Aquel es mi Floriseo
En su cuerpo y menear;
¡Oh sin ventura de viejo
Como tengo gran pesar
Que tengo delante mi hijo
Y con él he de lidiar! —
Y tomando una lanza
Para habello d' encontrar,
Danse tan grandes encuentros
Qu'era dolor de mirar,
Y andando en su batalla
El Duque empezó de hablar.
— Esperaos, caballero,
Que os quiero un poco hablar,
Y es que os pido de mesura
Qu'el yelmo os queráis quitar. —
Floriseo qu' esto oyera
Tal respuesta le fué á dar.
— Que me place, caballero,
Pláceme de voluntad. —
Y el Duque desque lo vido

Así le fuera á hablar. —
— ¡ Oh mi hijo muy amado,
No me queráis maltratar,
Que yo soy el vuestro padre,
Y por vos pasé harto mal! —
Floriseo no lo oía
Ni le quería escuchar
Por amor qu' está encantado,
Ni sentía bien ni mal.
Des que aquesto vido el Duque,
Por su preso dado se ha,
Y así fuéron al castillo
Adonde la Reina está.
Ella con grande alegría
A recibírselo va.
Grande honra le hacía
A Perineo sin dudar,
Y desencantó á Floriseo
Por mas á él agradar,
Y estuvieron muy alegres
De lo que vieran pasar,
Que miran hecho al enano
Mona con mucho corax.
Así estuvieron viciosos
Qu' era gloria de mirar,
Y con grande acatamiento
D'ella-despedido se ha.
La Reina recibió pena
Por velle de sí apartar;
Mas con lágrimas secretas
Se lo fuera ella á abrazar,
Y así se fué Floriseo
Y empieza de caminar.
Andando por sus jornadas
A Constantinopla llegado ha.
Saliedo de un monasterio
Un caballero vió asomar:
Llorando venia, llorando,
Qu' era dolor de mirar.
Floriseo que lo vido
Empezóle de hablar:
— ¿ Qué habeis vos, el caballero?
No me lo queráis negar.
— « Es tan grande mi dolor
Que n'os lo puedo contar,
Que un duque de Macedonia
Muy mal parado me ha,
Que está puesto aquí en un paso
Para habello de guardar,
Por amor de una doncella
De Bohemia natural.
Hase de casar con ella
Esta noche, sin dudar. —
Floriseo qu' esto oyó
Tomó tristeza y pesar,
Y con enojo muy grande
Con él fuera á pelear,
Y luego con grande esfuerzo
Lo venció y quiso matar.
El Emperador con fiesta
Consigno llevádolo ha,
Y muy grandes alegrías
En palacio hecho han,
Si muy mas bien las sentía
Esa Reina por amar.
Allí estuvieron un tiempo
Por el mas se aconsejar,
Y despues para su reino
Muy presto vuelto se han,
En el cual luego estuvieron
Con gran gozo y descansar.
Así acaba este romance
Dando fin á mi hablar,
Y yo os ruego, mis lectores
Que me queráis perdonar.

(Romance nuevamente hecho por ANDRÉS ORTIZ.
Phego suelto.)

⁴ Hé aquí una de las pocas composiciones de su género,
que mencionan y se adornan con encantamientos. Su autor de-

bió haberla escrito imitando los libros caballerescos, cuya lectura se habia extendido desde los últimos años del siglo xv. El poeta hizo lo mismo que el que amplió el de la Infantina, número 284, en el número 285.— Igual rudeza de estilo, iguales faltas en la versificación y en el lenguaje, igual negación de arte existe en este y en aquel. De presumir es que este sea tambien una amplificación de otro mas antiguo que no conocemos. Andrés Ortiz debió ser alguno de aquellos juglares del pueblo, que alteraban y remendaban los romances primitivos.

² Este verso y el siguiente se hallan, como proverbiales que son, tambien en el romance del Conde de Claros.

288.

DON DUARDOS Y FLERIDA.

(De Gil Vicente ¹.)

En el mes era de abril,
De mayo ántes un día,
Cuando los lirios y rosas
Muestran mas su alegría,
En la noche mas serena,
Qu' el cielo hacer podría,
Cuando la hermosa Infanta
Flérída, ya se partía;
En la huerta de su padre
A los árboles decia:
— Jamas en cuanto viviere
Os veré tan solo un día,
Ni cantar los ruiseñores
En los ramos melodía.
Quédate adios, agua clara,
Quédate adios, agua fria,
Y quedad con Dios, mis flores,
Mi gloria, que ser solía.
Vóime á las tierras extrañas,
Pues ventura allá me guía.
Si mi padre me buscare,
Que grande bien me quería,
Digan que el amor me lleva,
Que no fué la culpa mia.
Tal tema tomó conmigo,
Que me forzó su porfia.
Triste no sé dónde voy,
Ni nadie me lo decia. —
Allí habló Don Duardos:
— No lloreis mas, mi alegría,
Que en los reinos de Inglaterra
Mas claras aguas habia,
Y mas hermosos jardines,
Y vuestros, señora mia:
Terneis trescientas doncellas
De alta genealogía;
De plata son los palacios
Para vuestra señoría;
D'esmeraldas y jacintos
Toda la tapecería;
Las cámaras ladrilladas
D'oro fino de Turquía,
Con letreros esmaltados
Que cuentan la vida mia,
Contando vivos dolores
Que me distedes un día.
Cuando con Primaleon
Fuertemente combatía,
Señora, vos me matastes,
Que yo á él no lo temía. —
Sus lágrimas consolaba
Flérída, que esto oía,
Y fuéronse á las galeras,
Que Don Duardos habia:
Cincuenta eran por todas,
Todas van en compañía.
Al son de sus dulces remos
La Infanta se adornecia
En brazos de Don Duardos,
Que bien le pertenecia.
Sepan cuantos son nacidos
Aquesta sentencia mia:

« Que contra muerte y amor
Nadie no tiene valia. »

(Cancionero de Romances. — It. GIL VICENTE,
Obras de.)

⁴ Este romance pertenece á la serie de *Palmerin de Inglaterra*, y su autor termina con él la tragi-comedia de *Don Duardos*. Es de fines del siglo xv.

289.

EL SOLDAN DE BABILONIA Y EL CONDE DE NARBONA.

(Anónimo ¹.)

Del Soldan de Babilonia,
De ese os quiero decir,
Que le dé Dios mala vida
Y á la postre peor fin.
Armó naves y galeras,
Pasan de sesenta mil,
Para ir á dar combate
A Narbona la gentil.
Allá van á echar ancóras,
Allá al puerto de Sant Gil,
Donde han captivado al Conde,
Al conde Benalmeniquí.
Deciéndenlo de una torre,
Cabálganlo en un rocin,
La cola le dan por riendas
Por mas deshonrado ir.
Cient azotes dan al Conde
Y otros tantos al rocin;
Al rocin porque anduviere,
Y al Conde por lo rendir.
La Condesa que lo supo
Sáleselo á recibir:
— Pésame de vos, señor
Conde, de veros así,
Daré yo por vos, el Conde,
Las doblas sesenta mil,
Y si no bastaren, Conde,
A Narbona la gentil.
Si esto no bastare, el Conde,
Tres hijas que yo parí:
Yo las pariera, buen Conde,
Vos las hubisteis en mí;
Y si no bastare, Conde,
Señor, védesme aquí á mí.
— Muchas mercedes, Condesa,
Por vuestro tan buen decir:
No dedes por mí, señora,
Tan solo un maravedí,
Que heridas tengo de muerte,
Dellas no puedo guarir:
Adios, adios, la Condesa,
Que me mandan ir de aquí.
— Váyades con Dios, el Conde,
Y con gracia de Sant Gil:
Dios os eche en vuestra suerte
A ese Soldan paladin.

(Cancionero de Romances.)

⁴ Parece de origen provenzal y de asunto contemporáneo á las Cruzadas.

290.

EL CONDE DON MARTIN Y DOÑA BEATRIZ.

(Anónimo ¹.)

Bodas hacian en Francia
Allá dentro de París;
¡ Cuán bien que guía la danza
Esta Doña Beatriz!
¡ Cuán bien que se la miraba
El buen conde Don Martin!
— ¡ Qué mirais aquí, buen Conde?
Conde, ¡ qué mirais aquí?

¡ Decid si mirais la danza,
O si me mirais á mí?
— Que no miro yo la danza,
Porque muchas danzas ví,
Miro yo vuestra lindeza
Que me hace penar á mí.
— Si bien os parezco, Conde,
Conde, saqueisme de aquí,
Que un marido me dan viejo
Y no puede ir tras mí.

(Cancionero de Romances.—It. TIMONEDA, Rosa
de amores.)

⁴ Bellísimo romance, lleno de sencillez, cuyo tipo se asemeja mucho al carácter de la poesía de los troberos franceses.

291.

EL PALMERO. — I.

(Anónimo ¹.)

De Mérida sale el Palmero ²,
De Mérida, esa ciudade:
Los piés llevaba descalzos,
Las uñas corriendo sangre.
Una esclavina trae rota,
Que no valia un reale,
Y debajo traia otra,
¡ Bien valia una ciudade!
Que ni rey ni emperador
No alcanzaba otra que tale.
Camino lleva derecho
De París, esa ciudade;
Ni pregunta por meson
Ni ménos por hospitale:
Pregunta por los palacios
Del rey Carlos á do estaen.
Un portero está á la puerta,
Empezóle de hablare:
— Digadesme tú, el portero,
El rey Carlos ¿ dónde estae? —
El portero, que lo vido,
Mucho maravillado se hae,
Cómo un romero tan pobre
Por el Rey va á preguntare.
— Digadesmelo, señor,
Deso no tengais pesare.
— En misa está, buen Palmero,
Allá en Sant Juan de Letrane:
Dice misa un arzobispo,
Y la ofícia un cardenale. —
El Palmero que lo oyera
Ibase para Sant Juane:
En entrando por la puerta
Bien vereis lo que harae.
Humillóse á Dios del cielo
Y á Santa Maria su Madre,
Humillóse al arzobispo,
Humillóse al cardenale
Porque decia la misa,
No porque merecia mase:
Humillóse al Emperador
Y á su corona reale,
Humillóse á los doce
Que á una mesa comen pane.
No se humilla á Oliveros,
Ni ménos á Don Roldane,
Porque un sobrino que tienen
En poder de moros estae,
Y pudiéndolo hacer
No lo van á rescatare.
De que aquesto vió Oliveros,
De que aquesto vió Roldane,
Sacan ambos las espadas,
Para el Palmero se vane.
Con su bordon el Palmero
Su cuerpo va á mamparare.
Allí hablara el buen Rey,
Bien oireis lo que dirae: